

Dulce, consolador desasosiego
Siento al mirarla soía y sin testigo :
Quédome absorto, y luego,
Con palabras de fuego,
Todas las ansias de mi amor la digo.

Y al resonar su voz enamorada
En mi turbado oído,
Arde mi frente, quema la mirada,
Mi corazón redobla su latido,
Hierva mi sangre, y corre acelerada.

Y mientras de su talle el embeleso
Tiene mi brazo preso,
Y nuestros corazones alétean
Nuestros labios hidrópicos desean
Beber con ansia el incitante beso.

Y á mis ojos inquietos
El misterioso seno le confía
Sus preciosos secretos ;
La abrazo : á ella el amor le dá osadía,
Su mano estrecha con ardor la mía.

Y como dos arroyos que corriendo
Primero divididos,
Y despues sus caudales reuniendo

Un mismo cauce tiene confundidos,
Así el amor nos tiene tan unidos.

¡Oh, recuerdo feliz de aquel instante
En que á nuestra alma amante
Amor abría de su hermoso cielo
Las puertas de diamante!
¡Oh, que á no ser tan rápido su vuelo,

Tan breve su agonía,
Toda la dosis de placer que vierte
Dios, en el corazón se agotaría.
Dando amor de esta suerte,
El mismo amor, al corazón la muerte!

¡Oh recuerdo escogido!
Al brillo de tu lumbre
Se oscurece el brillante colorido
De todos los que en varia muchedumbre
¡Ay! me recuerdan el placer perdido.

Y haciendo renacer fresca y lozana
La flor de mi alegría
Marchita en su mañana,
Mueves el corazón y el alma mía
Y exaltas mi ardorosa fantasía.

CAROLINA FREILE DE JAIME

En uno de los días de noviembre del año de 1848, en medio de una numerosa concurrencia que presenciaba los exámenes del colegio Nacional de Educandas de Tacna, una graciosa niña de tres años de edad, colocada al medio del salón y sosteniendo apenas un grueso volumen de poesías que uno de los examinadores había colocado en sus manos, leía con voz perfectamente firme y con suma facilidad un romance, haciendo conocer, desde luego, que estaba dotada de una intuición especial para poder apreciar, á su edad, todos los accidentes y formas que toma el pensamiento ajustado á las reglas de la métrica.

Ocho años despues, desempeñaba en el mismo colegio el cargo de profesora de la clase de aritmética, y se hacia notable ya entre sus compañeras por su decidida afición á la literatura, y particularmente á la poesía. Contaba catorce años, cuando compuso una comedia en verso para representarla entre sus amigas, y, aunque adolecía de todos los defectos consiguientes á la falta de conocimiento de las reglas y de su inexperiencia, poco mundo é ignorancia de los resortes teatrales, revelaba, no obstante, talento, gusto poético y favorables disposiciones que le ofrecían un brillante porvenir.

La *Bella Tacneña*, periódico que vió la luz pública hácia el año de 1860, registra los primeros ensayos poéticos de Carolina Freire. Despues, *La América* y otros periódicos de Lima dieron á conocer á la poetisa tacneña bajo el seudónimo de « *Carlota de...* »

ARICA

SOBRE LAS RUINAS

Era un pueblo soberbio y esplendente
Que á la orilla del mar se enseñoreaba,
Ostentando en su seno floreciente
Las auras de la paz que acariciaba.

Á sus piés el Océano
Ancho feston de espuma le extendía,
Y ciñendo su frente soberana
Hermoso aparecía,
Un horizonte de zafir y grana.

¡Ese fué Arica!... perla de los mares,
Templo que en otro día una y mil veces,
Recibiera en sus cándidos altares
Del marino infeliz las tiernas preces ;
Allí, do la palmera
Ostentaba su sombra bienhechora
Mecida por la grata primavera ;
Allí, donde la aurora
Derramaba sus galas y hermosura
Sobre un pueblo feliz y venturoso,
Hoy solo existe ruina y desventura.

La mano del destino inexorable
Hundió en el hondo abismo de la nada,

Esa dulce morada
De seres venturosos
Que hoy en escombros yace sepultada.

Luce un día sereno y esplendente
Alumbrando radiante su belleza,
Las aguas del Océano mansamente
Se deslizan con tímido recelo,
Lamiendo el fresco césped que se extiende
Como una verde alfombra sobre el suelo ;
Rumores y armonías
El vaiven acompañan de las olas....
Mas ¡ay! en un instante
En el cielo se extiende densa nube,
La atmósfera oscurece de repente,
Y un ruido terrífico, imponente
Hiende los aires y á los cielos sube.

En sus bases, la tierra se extremece
Como herido leon que bambolea ;
Los edificios caen,
De los templos la cúpula se arquea,
Y la ciudad en polvo se convierte....
Un alarido inmenso, delirante,
Con el fragor unido,

Resuena en ese instante
Como un solo y unísono gemido :
¡ Misericordia ! dice ;
Y el polvo que en los aires se levanta
Extingue la plegaria en la garganta.

La multitud invade presurosa
Las calles y las plazas,
Dejando con angustia dolorosa
En ruinas sepultados,
Del corazón los seres más amados ;
Los ayes y lamentos
Se mezclan al crugido
De techos y cimientos
Que se desploman con horrible ruido :
Y de ese puerto bello y floreciente
Ruinas y escombros quedan solamente.

Todo al fin acabó....
Cesó ya el espantoso cataclismo
Que á tanto desgraciado
Ha hundido del llanto en el abismo ;
Mas ¡ ay ! no está saciado
El genio del espanto y la amargura :
Y ese mar tan tranquilo y sosegado
Cuyas hondas serenas
Besaban tan humildes las arenas,
Vá á convertirse en ancha sepultura.

¡ Vedle ! ya se recoge silencioso,
Se aleja de su lecho, se comprime,
Se retira con paso majestuoso,
Y una montaña alzando, aterradora,
Que se ensancha, reerece,
Los aires oscurece,
Y de repente horrisono se lanza
Barriendo con su furia destructora
Cadáveres y escombros,
Y arrastrando terrible á la corriente
Del bramador abismo
Cuanto hubo respetado el cataclismo.

Juguete de su ira omnipotente
Son las frágiles naves,
Que al cruzar desde el viejo continente
Resistieron su furia y poderío ;
Todo cede al empuje irresistible
De su ímpetu bravío,
Y esa obra de los siglos poderosa

Á MI ESPOSO EN SU CUMPLEAÑOS

Ya un año más en la pendiente suave,
Por do resbalan esas horas bellas
De la existencia tuya ;
Ya un año más en el reloj del tiempo,
Que mide presuroso

Miróse en un momento
Cual leve pluma que arrebató el viento.

¡ El mar ! ¡ el mar ! exclaman aterradas
Mil voces que en los aires se dilatan....
Multitudes confusas y apiñadas
De seres inocentes,
De tristes criaturas,
Como inmensas cascadas se desatan
Un refugio buscando en las alturas ;
El viento repercute
En los cerros, los valles y llanuras,
Los ayes, los lamentos,
Los tétricos acentos,
De los que buscan en la noche umbrosa
Un hijo de su amor, ó tierna esposa.

¡ Arica ya no existe !
El astro soberano
Al dorar con su luz un nuevo día
Alumbra en vez de pueblo solo un llano,
Solo una y fatal melancolía :
Nada queda del suelo venturoso
Donde ayer el cansado caminante
Encontraba reposo.
Nada ya de esa virgen hechicera
Mecida por las auras del Océano
En brazos de la alegre primavera !
Hoy ese pueblo triste y dolorido,
Llora sobre las ruinas
De su poder en polvo convertido.

Cesé ya tu rigor, Dios poderoso,
Contempla el infortunio
De esos seres que vagan sin reposo,
Sin pan y sin abrigo,
Arrastrando la vida del mendigo
Extiende esa tu diestra soberana
Sobre ese pueblo errante, desgraciado ;
Escucha los lamentos
De la viuda infeliz, de aquella madre
Desnuda y solitaria
Que envía hasta tu trono una plegaria.
Y si el genio del mal escrito tiene :
Arica ya no existe !...
¡ Señor ! borra ese lema pavoroso
Que repite también el eco triste
Tú, que con la desgracia eres piadoso,
Y que otra vez tu brazo omnipotente
Alze del polvo un pueblo floreciente.

Á la par que las dichas las querellas ;
Que cuenta una por una
Las tiernas ilusiones con que un día
Nos regala feliz la fantasía.

Ya un año más, perdido entre la sombra
Del misterio que guarda lo pasado,
Entre recuerdos que acaricia y nombra
Trémulo el corazón ;
Ya un año más en el pensil florido
Por do rueda á morir la juventud,
Perdido entre las brumas del olvido,
Ó en las ondas fugaces
De la nube que viste en lontananza,
Empeñando el azul de tu esperanza.

Yo sé bien que en cada hora de la vida
Una flor se deshoja en el camino,
Que vuela confundida
Al capricho voluble del destino.
Yo sé bien que un sueño, una esperanza
En su cáliz envuelven esas flores,
Un deseo infinito que no alcanza
Á llenar el placer, ni los amores,
Y que va lentamente
Con la dicha fugaz que el aura lleva
Á perderse en las ondas de un torrente.

Yo quisiera en cada una de esas horas,

Ser para tí la imagen del consuelo,
Cantarte mi ternura,
Y hacer con esas hojas desprendidas
Que ruedan sin ventura,
Un bello ramo al que estuviera atado
El tierno corazón con que te he amado.
Hoy á tus pies, risueña, lo pusiera
Como ofrenda inocente de ternura
De esta alma que te adora.
Como ave de las selvas pasajera,
Te diera una armonía
Preñada entre las flores
De ese ramo de amor que te ofreciera.

Esta alma cariñosa
Nada más puede darte, dueño mío,
Ella va atravesando silenciosa
Confiada en tu ternura,
De esta vida el desierto tan sombrío
Sin pena, ni amargura.
Es tuya su esperanza,
Tuya la fé que guarda en su conciencia
Y es tuyo en este día
El amor que ilumina su existencia.

Á CLORINDA

DESPUES DE SU MUERTE

Flor apenas entre abierta
Á las auras de la vida ;
Gota de agua desprendida
De una nube de arrebol ;
Virgen de púdica risa,
De encantadora mirada
Nivea rosa deshojada
Al primer rayo del sol !

Eras tan dulce y tan bella
Que al mirarte el mismo cielo,
No halló digno de este suelo
Tan angélico primor ;
Y la gota de agua pura
Volvió á la nube dorada,
Y la flor embalsamada
Á la patria del amor.

Cual el ave que regresa
Á su nido abandonado,
Así, tú, ángel desterrado,
Recobraste tu mansión,
En tanto tu pobre madre
Atravesará la vida,
Llevando siempre una herida
Que sangra en el corazón.

Ruega á Dios, prenda querida
De un afecto tierno y santo,
Que dé treguas al quebranto
De la madre de tu amor ;
También ruega, ángel divino,
En esa mansión de gloria
Por la que hoy á tu memoria
Dedica una pobre flor.

SOBRE LA TUMBA DE MI HIJO

Entre las nubes de oro
Que en el confin azul del firmamento
Cruzan en raudó vuelo ;
En el fugaz metéoro

Que iluminando el cielo
Se pierde entre las brumas del espacio
Y en olas que dibujan
Al reventar serenas,

Cambiantes de esmeralda y de topacio;
El alma estremecida vé tu imágen,
Contempla la aureola de tu frente,
Y un himno, una plegaria
Perdida entre la bruma solitaria,
Al cielo sube en alas del ambiente.

Mi Jorje, mi esperanza, mi ventura
Hoja tierna arrancada á la guirnalda
De mi amor maternal, de mi ternura;
Vivida luz que en el desierto campo
De la existencia mia,
Brilló como un metéoro fugitivo,
Al borde oscuro de una tumba fria.

Tú, la rosa lozana
Trasplantada al jardín de mi cariño,
Para darme en tu aroma y ambrosia
La feliz ilusion de una mañana.....
Y perderte, enseguida,
Como aérea vision de la esperanza,
Tras el denso misterio de otra vida.

Yo te veo en los sueños de mi mente,
Adorando al señor de las alturas,
Coronada la frente
Con aureola de luz esplendorosa,
Ángel entre los ángeles que llenan
El divino palacio;
Y mi pupila ansiosa
Contempla los destellos de tu gloria
Al través de esas brumas del espacio.

Yo te escuchó en el aura temblorosa
Que vaga en los pensiles;
En el manso vaiven que agita suave
La palma erguida y la modesta rosa;
En la nota del ave
Que canta sus congojas
Al elevar su trino
Del árbol do se oculta entre las hojas.

Yo guardo, Jorge mio,
Entre las sombras de mi vida oscura,
Un sueño que sustenta
La rica inspiracion de mi ternura;
Sol que brilla en el éter de mi vida,
Como el eterno sol del firmamento;
Nube que en lontananza,
Al desplegar sus galas,
Refleja en sus colores la esperanza.

He de verte en el cielo,
Postrado ante ese sólio soberano.
Y mi alma estremecida
Bendecirá la mano
Que hoy te roba á la dicha de mi vida:
Entonces de rodillas
Al pié del trono santo
Elevaré con maternal ternura
Las notas inspiradas de mi canto.....
Mas déjame hoy llorar..... quiero rendirte
Sobre la tumba que el dolor te abriera
Con las flores del alma ya marchitas
Una doliente lágrima siquiera.....

El 27 de Junio de 1820, vino al mundo, en un pueblo del departamento de Piura, el simpático y desgraciado poeta Elera.

Cuando á penas habia cumplido 23 años, perdió la vista. En el año de 1849, llegó á Lima, buscando la salud y el sosiego para él y su numerosa familia.

La vida de este poeta es un ejemplo vivo de lo que vale la virtud y el génio reunidos. Poeta de corazon, ha cantado siempre en medio de las lágrimas á todo lo grande y á todo lo bello. Pobre y desconocido, vive hoy en la ciudad de los Reyes, en una modesta mediania, endulzando sus penas con los continuos y solícitos cuidados de sus hijos.

Elera es un verdadero poeta; pocos le igualan en ternura; ninguno ha tenido jamás mas justos títulos para llorar; por eso es que ha podido decir con mucha justicia y verdad:

« Y en este Eden de mágicos primores
¿Qué queda para mí? llanto y dolores. »

Á MARÍA JOSEFA MUJIA

De tu canto escuché la voz doliente
Que en el horror de amargo sufrimiento,
Salir de tu alma con fervor se siente
El copioso raudal de tu talento;
La triste nota de tu queja ardiente
Y la ternura de tu blando acento
Han inflamado el devorante fuego
En que se abrasa el corazon de un ciego.

Yo, que jamás en tan acerba pena
Ni consuelo encontré, ni lenitivo,
Y á cada instante el hado me condena
Á resistirla con dolor mas vivo;
Y que á la tumba arrastro la cadena
Con la humildad del mísero cautivo,
Al escuchar tu lastimero canto
Vuelven mis ojos á anegarse en llanto.

Tú, al resistir la rígida tortura
De sempiterna noche aterradora,
Sin que un reflejo lance en tu clausura
La luz radiante de la fresca aurora,
Cubierta el alma de hórrida amargura
Con voz exclamas triste y seductora:
« Por do quiera que voy tinieblas miro.
Solo tinieblas por do quier respiro. »

Do quier mis ojos tímidos levantó
Y no hallan del espacio el lucimiento:
¿Á dó se esconde el celestial encanto
Del esmaltado azul del firmamento?

¿Qué se hizo del sol el rojo manto,
Qué solo su calor fecundo siento?
Y en ese Eden de mágicos primores
¿Qué queda para mí?... llanto y dolores!

¡Ay! yo tal vez por mi dolor profundo
Puedo en tu corazon sondear la herida,
Y medir no podrá nadie en el mundo
La inmensidad de tu expresion sentida.
Y al ser nuestro desastre sin segundo
Es una nuestra queja dolorida,
Y donde vuela audaz tu pensamiento,
Vuela tambien audaz mi sentimiento.

Yo tambien, como tú, desventurado
Entre las negras sombras en que vivo
Cual gilguero canoro, aprisionado,
Do quier mi acento lanzo sensitivo;
Y en alas del dolor arrebatado,
Que el dolor es la herencia del cautivo,
Un ¡ay!... doy al presente agonizante
Y al porvenir un grito penetrante.

Triste es la vida, jóven desdichada,
Si se hunde en el mar de las congojas,
Ver de la flor de la niñez dorada
Al abismo caer las tiernas hojas,
Y en perpétua vejez ver transformada
La grata juventud que te despojas,
Y servirnos del mundo el fatal yugo
De cárcel, de suplicio y de verdugo.

Tú, bendecir deseas anhelosa
Otra vez de la aurora los albores,
Ver el aspecto de la mar undosa
Y el matiz bello de fragantes flores;
Ver de la esbelta y libre mariposa
Los puros y lindísimos colores,
Y contemplar los nítidos cristales
Que ostentan misteriosos los raudales.

En otro igual deseo enardecido
Mi corazón se abrasa, y solo alcanza
Rendir al desengaño hondo gemido;
Mientras que mas se aleja la esperanza,
Y en mis propias angustias sumergido,
Sin hallar mi ansiedad leve bonanza,
Espero, como tú, llegue la suerte
Al fin de sus horrores con mi muerte.

EN LA TUMBA DE MI ESPOSA

La piedad y el deber tranquila esposa,
Traénme al pie de tu sepulcro santo,
A humedecer tu funeraria losa
Con el raudal de mi sentido llanto.

Perdon imploro al ángel misterioso
Por cuya egida fiel eres velada,
Si vengo a interrumpir con un sollozo
La dulce paz de tu mansion sagrada.

Vengo a quejarme del dolor agudo
Que a mi sensible corazón lacera,
Y a demostrarte el sentimiento crudo
Que por mi soledad me desespera.

No puede en triunfo de tu eterna ausencia
Llevar mi sien la fatigosa palma,
Es incapaz mi pobre inteligencia
Para triunfar de la pasión del alma.

El tiempo que debiera un leve instante
Rendir la carga que en los hombros llevo,
Deja al pasar en mi alma agonizante
Cada segundo un sentimiento nuevo.

Allá en la vez que con divino encanto
Tu corazón latía junto al mío,
Y que aceptamos en igual quebranto
De la fortuna adversa el desafío.

Juzgábame feliz por que tenía
Con quien partir la hiel de mi amargura,
Y la angustia mortal de mi agonía
Era mas llevadera y menos dura

¿Qué es en el mundo nuestra triste vida?
Es la huella fatal del sentimiento,
Retrato fiel de la ilusión perdida,
Imágen del dolor y el sentimiento;
Blanco de la desgracia mas temida,
Victima del pesar y del tormento,
Fecundo manantial de amargo llanto
Y el modelo elocuente del quebranto.

En tan cruel situación nos lega el mundo
La memoria del tiempo trascurrido,
Para arrancar del pecho un ¡ay! profundo
Cada recuerdo del placer perdido;
Un suspiro del alma gemebundo
Por cada huella del dolor sufrido.
Y verter una lágrima ferviente
Por el tiempo pasado y el presente.

Cuando en tu seno mi abatida frente
Rendida de cansancio reclinaba,
Y sobre ella sentía el beso ardiente
Que tu labio de rosa me brindaba.

La dicha mas inmensa me adormía
En brazos del placer y del consuelo,
Y para mí al instante no existía
Desgracia ni dolor, mundo ni cielo.

Mas hoy cuán triste situación me obliga
A sentir las delicias que brillaron,
En los bellos instantes, dulce amiga,
Que a la infinita eternidad pasaron,

Funesta y obstinada la memoria
Me cubre el alma de ansiedad doliente,
Al ofrecerme la sentida historia,
De nuestra juventud resplandeciente.

Me creo verte imágen hechicera
Cual otra Proserpina en los jardines,
Coronada tu rubia cabellera
De claveles, de rosas y jazmines.

También creo mirarte reclinada
Sobre la fresca orilla de una fuente,
Reflejando tu imágen adorada
En el cristal del agua trasparente.

En otras veces implorar te miro
A Dios consuelo en tu pesar, de hinojos,
Exhalando tus labios un suspiro
Arrasados en lágrimas tus ojos.

Ya te contemplo como flor erguida
Sobre tallo flexible y peregrino,
En torno de su planta remecida
Al soplo de un hirviente torbellino.

¡Ay! dulce compañera es infalible
Que me agita tu imágen peregrina,
Sin pasar un segundo imperceptible
Sin verte y sin oír tu voz divina.

Parece que me dá tu blando acento
El áspero fragor del mar bravío,
El rebramar unisono del viento
Y el murmurio pacífico del río.

De las aves la grata melodía,
El delicioso aroma de las flores,
La majestad espléndida del día
Y del ardiente sol los resplandores.

Me gritan al oído donde quiera
Que levanto mi mente acalorada,
« Mira la esposa fiel, la compañera
Que fué la paz de tu alma fatigada. »

« Mira el sublime y celestial modelo
De la virtud en la mujer constante,
De cuya abnegación no puede el suelo
Dar a su historia rasgo mas brillante. »

Y yo te llamo con fatal delirio,
Con mortal ansiedad tu nombre invoco,
Y tú no me respondes; cruel martirio,
Mi ilusión es terrible y yo estoy loco.

¡Ay! yo no puedo inapreciable esposa
Sufrir mas tiempo la opresión del mundo,
Me abandona el valor, es horrorosa
La intensidad de mi dolor profundo.

¿Qué misterio insondable y qué potencia
Pudo romper de nuestro amor los lazos?
¿Qué géneo inexorable con violencia,
Lo arrebató de mis sensibles brazos?

¡Ay! que indolente corazón de fuego
Abrió el abismo de mi atroz quebranto,
Sin escuchar el ¡ay! de un pobre ciego
Ni de mis hijos el doliente llanto.

Caiga abajo el horror de mi fatiga
Mi triste corazón despedazado,
Ábreme tu sepulcro, tierna amiga,
No quiero separarme de tu lado.

Pero no, cara esposa idolatrada,
Ruda es la fuerza de la suerte mía,
Voy a cumplir una misión sagrada
¡Ay! nuestros hijos!... volveré otro día.

A MI ESTRELLA

¡Qué hermosa está mi peregrina estrella
Mecida cual querub en el espacio,
Esparciendo los rayos que destella
En nubes de zafir y de topacio!

A un horizonte de apartado cielo
Ilumina el fulgor de su grandeza,
Donde no alcanza de la noche el velo
A ofuscar el cristal de su pureza,

Siempre bañada en luz de eterno día
Goza la vista que a mirarle alcanza,
Y al peregrino que sus pasos guía
Le muestra el cielo azul de la esperanza.

Dios te bendiga, estrella misteriosa,
Porque sin ti mi angustia era sin calma,
Porque de noche negra y pavorosa
Salió a adormirse en tus reflejos mi alma.

Yo habitaba el desierto de mi mismo
Inflamando las llamas en que ardía,

Mi corazón rodaba en el abismo
Del fatal estertor de mi agonía.

Mas, al destello de tu luz fulgente
De mi alma huyó la angustia destructora,
Como se ven huir del Occidente
Las sombras de la noche con la aurora

Guárdate el cielo, estrella peregrina,
Que al serenarse el mar de mis dolores
Solo deseo inspiración divina
Para loar tus mágicos fulgores.

Quisiera de Virgilio la ternura,
De Homero el pensamiento y la energía,
De Milton la belleza y la dulzura,
Y del Dante la ardiente fantasía;

Para en alas cruzar del pensamiento
La extensión del espacio indefinible;
Y en el Zénit do fijar tu áureo asiento
Contemplar tu esplendor inextinguible.

Entonces embriagado en el encanto
Del espléndido sol de tu belleza
Cubierta el alma de entusiasmo santo
Cantará tu hermosura y tu pureza.

Mas ¿qué puedo ofrecerte, estrella mía,
Si de triste ignorancia el denso velo

Nubla la luz escasa que radia
En las alas del génio al dar el vuelo?

Sublime estrella, acepta conmovida
Sin mirar de mi voz el desconcierto,
La mústia flor del tallo desprendida
De un árbol que vejeta en el desierto.

LAMENTO

Léjos del mundo de avanzar rendido
Por el desierto de mi amarga vida,
Desde el profundo golfo del olvido
Sale la voz de mi alma enternecida;
A Dios amparo en mi ansiedad le pido
Y en mi angustia la calma apetecida,
Y Dios no escucha en el dolor de un ciego
La febril queja, ni el ferviente ruego.

¡Ay! solo encuentro en mi fatal camino
Bajo mi planta abrojos punzadores.
El sol me niega su esplendor divino,
La luna y las estrellas sus fulgores;
No hallo del alba el manto purpurino,
Ni del pensil las delicadas flores;
No tiene el prado para mi verdura,
Ni las aves caporas hermosa.

¿Qué puedo hacer de mí? Si en tal quebranto
Solo tiene mi pecho hondos gemidos!
Mi alma tiene dolor, mis ojos llanto,
Y ayes mi corazón enardecidos;
Corre el tiempo veloz y hallo entretanto
Los segundos en siglos convertidos,
El aire que respiro arde en mi pecho
Y espinas hallo en mi doliente lecho.

Cuán triste me es pensar que yo he nacido
Solo á llorar la eterna desventura,
Que ya tan largo tiempo he resistido
Con los horrores de infernal tortura;
Y ni el grito de mi alma, dolorido,
Ni de mi triste queja la teruura
Alcanzan en la tierra ni en el cielo
Para mi horrible pena algun consuelo.

Tengo familia y tan enorme carga
Llevo sobre mis hombros, pobre y ciego,
Como la senda que atravieso es larga
Me devora inmortal desasosiego;
Toda sustancia me parece amarga,
Creo hallar en el agua vivo fuego,
Y con esta fatiga agonizante
Sigo sin descansar mas adelante....

Crece mis hijos y con labios mudos
El esplendor contemplan de la ciencia,
Sin que pueda romper los fuertes nudos
Que á la ignorancia ligan su existencia.
Cuando no tienen hambre están desnudos,
Nada para ellos puede mi asistencia;
Y así pasa la infancia en agonía
Buscando con su padre el pan del día

LOS ANDES

Si al levantar la andaz locomotora
Sobre los Andes su soberbia frente,
Allí desborda la copiosa fuente
De infinitas riquezas que atesora.

Reprimiendo su fuerza vencedora
Del horror y los males el torrente,
Al Perú lanzará su luz fulgente
De eterno día á la risueña aurora :

Ya al través de la dicha y del decoro
Propicio tiende con divina lumbre
El ángel de la paz sus alas de oro.

Y en el confin de la celeste cumbre
De Meiggs la palma espléndida resalta
Del sólio en torno fulgido de Balta.

MANUEL NICOLÁS CORPANCHO

Nació en Lima, el 5 de diciembre de 1830. Desde sus primeros años se consagró á la poesía.
En 1848, compuso un drama, *El poeta cruzado*, que fué calorosamente aplaudido en los teatros de Lima y Santiago de Chile.

En 1851, recibió su título de médico, y en 1852, partió para Europa.

En 1854, publicó en París un volumen de poesías con el título de *Ensayos poéticos*.

En 1853, publicó un nuevo drama: *El Templario*, que ha sido representado en varios teatros de América.

En 1860, fué nombrado ministro del Perú en Méjico, cuyo cargo desempeñó hasta 1863.

La última página de la vida de este poeta está escrita en el horrible incendio del vapor *Méjico*, en que se extinguió su vida material, para alcanzar la vida de la inmortalidad y de la gloria.

PENSAMIENTOS

EN UNA NOCHE TEMPESTUOSA

Espesos nubarrones se apiñan en el cielo,
Se cierra el horizonte con densa oscuridad,
Relámpagos destrozan del firmamento el velo,
Los vientos se desatan... ¡cayó la tempestad!

El mar enfurecido, soberbio se levanta.
Como Titan horrendo que lucha por romper
Las formidables vallas que la justicia santa
Por dominar su orgullo le quiso disponer.

Y ruge, y brama, y alza de su bullente seno
Montañas espumosas que en raudos tumbos van;
Absorbe en su rugido la voz del mismo trueno,
Y en música espantosa se junta al huracan.

Al huracan, que altivo sus alas ya desata,
Se cierne en las antenas del rápido bajel,
Y en impetu sonante copiosa catarata
Del cielo se derrumba cual llanto de Luzbel.

El mastil majestuoso profundamente cruje,
Los cables conmovidos resuenan con fragor,
Vorágine incesante bajo la quilla ruge,
Eléctricas corrientes derraman su fulgor.

Ni un astro que en el zénit benéfico aparezca,
Ninguna blanca nube que pueda consolar,
Cualquier espacio corto que al rayo resplandezca,
Allí los huracanes luchando con el mar.

No hay nada que nos hable con familiar lenguaje,
No hay nada que del mundo presente un rasgo aquí;
Todo es extraño, nuevo, deslumbrador, salvaje,
Fatídicos concetos que nunca comprendí.

Grandioso panorama, que aterra y que conmueve
Que eleva y robustece la voz del corazón;
Que el alma fortifica y el entusiasmo mueve
Con rasgos imponentes, con fuerte conmoción.

Escena majestuosa, que hasta otros hemisferios
Levanta el pensamiento mas pobre en el subir;
Lo envuelve en un océano de incógnitos misterios
Y altivas fantasías le obliga á concebir.

¡Maravilloso cuadro!... sediento de mirarte,
Jamás me ha contentado vulgar tranquilidad;
Mil veces en la popa pensaba desafiarte
Por ver tu aterradora, sublime majestad.

Porque una voz secreta del alma me decía
Que puedo tus escenas terribles comprender,
Que en medio á tus furores, altivo te vería,
Y aun fueran tus estragos raudal de mi placer.

Y hé aquí con que entusiasmo desordenar te miro
Los fieros elementos sujetos á tu voz,
Y en toda tu fiereza tan solamente admiro
La omnipotente fuerza del infinito Dios.

Por eso, aunque rebrame la voz de la tormenta;
Por eso, aunque retumba la voz del aquilon;
Estruendo mas tonante que el rayo que revienta,
Quisiera el conmovido, sediento corazón.

Desata tu grandeza; feroz, desencadena
Cuanto de mas bravío tú puedes abortar,
Los rayos y las olas mas fuertes desenfrena;
Muriendo puedes verme, pero me oirás cantar.